



Cervantes

Adaptación Y Rebeldía

Por PEDRO SIENNA

ción que venga a trastornar su ritmo, la sociedad rechaza con igual porfía la intromisión de todo aquel que intente contrariar sus estatutos, estén o no comidos de polillas.

El triunfo sin adaptación, es decir, en la violencia, la rebeldía, la acción a contrapelo, el desafío y la lucha sin cuartel, está exclusivamente reservado a los que nacen con pasta de héroes; a los apóstoles de una idea: sabios, artistas, santos o simplemente empecinados soñadores.

Sólo ellos son capaces de subvertir el orden de una época, y aun de imprimir un vuelco en la historia de la Humanidad. ¡Ah!... Pero no vaya a creerse que lo consigan así como así. Sangre, sudor y lágrimas han solido ser su precio. Además, preciso es que a la hora de su advenimiento, en el instante de su explosiva siembra revolucionaria, exista ambiente propicio que haga viable su misión. Pueden ser causas eventuales, imprevisibles; estados espirituales colectivos; lo que sea, siempre que determinen un clima favorable donde la nueva voz ejerza autoridad para que el eco multitudinario responda.

Sin ese punto de apoyo, sin ese resorte mágico,

CUANDO oiga usted decir que a un hombre le va estupendamente, hizo carrera, carece de enemigos y goza de la confianza general, piense inmediatamente que hablan de uno que supo adaptarse; ¡más que se trata de un rebelde.

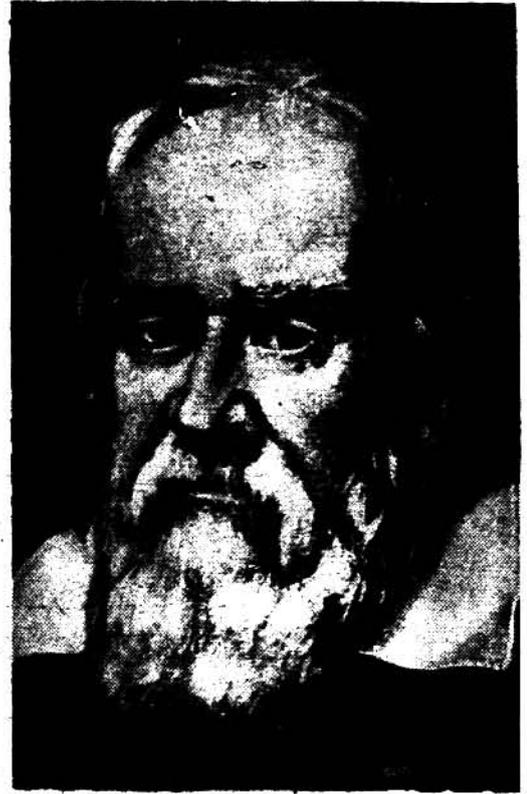
Si, señor: desgraciadamente, en todo tiempo y lugar, quien desee que el viaje por la vida le resulte amable, o por lo menos cómodo, en vez de trabajoso y acaso insostenible, lleva las de perder si no le echa candado a sus posibles rebeldías y no se somete desde un principio a un continuo proceso de aclimatación. Mejor dicho, de adaptación al medio circundante que le deparó el azar en el momento de su aterrizaje en este mundo.

Nazca en humilde choza campesina o en soberbia mansión de gran ciudad, el hombre deberá adaptarse desde que empieza a tener noción de que respira en esa atmósfera extraña, no creada por él, sino formada y asentada ya en el hogar por las características de sus progenitores; la pobreza o la fortuna familiar; las intrusidades de la parentela y un sinfín de casuales contingencias.

La bella y salvaje infancia ama la libertad de acción. Odia en cambio las prohibiciones y todo lo que a la fuerza le imponen: el orden, el método, el aseo personal y los primeros estudios escolares. Pero hay que disimular, hay que fingir. El que no se adapta lo pasa mal. Para el "niño obediente", la alabanza y el premio. Para el "diablo rebelde", la execración y el castigo. La elección no es dudosa.

Corrido el tiempo, si quiere hallar facilidades y no tropiezos, el individuo deberá seguir fingiendo y disimulando. Tendrá que sujetarse a las normas del trabajo elegido voluntariamente o impuesto por las circunstancias; aguantar las manías del jefe y demás superiores jerárquicos, y no olvidar por cierto la debida sumisión al sistema de gobierno, la ética reinante y, en determinadas ocasiones, a las creencias religiosas.

Adaptación al medio. He ahí la piedra angular en que se basa el porvenir del ciudadano corriente, del hombre común, sin que lo de común implique necesariamente carecer de méritos. Aunque tenga talento y preparación, quien no se adapta difícilmente surge. Porque así como el organismo vital depléndese bravamente de toda ajena contamina-



Galileo

no hay misioneros ni reformadores que se salven. Fracasarán. Y aunque después de su tránsito la posteridad los reconozca, adopte sus credos y venera su memoria, en vida estarán perdidos. Los esperan la bafa y el escarnio, la incompreensión, la negación. Sufrirán el destierro, la muerte de sus ideales por asfixia; tal vez su muerte misma, si no también por asfixia —aunque no es improbable—, de cualquier otro modo igualmente artificial. Juan Huss, Giordano Bruno, Miguel Servet y tantos otros así pagaron su audacia.

Si Savonarola predica en el Concilio Ecueménico recién finalizado lo que predicó en su tiempo, seguramente Su Santidad Paulo VI no lo reduce a prisión, ni le da tormento, ni condena al valiente fraile a morir quemado vivo por hereje, como lo hizo antaño el otro VI que se llamaba Alejandro.

Si a su vez Galileo atrasa nada más que en un siglo su nacimiento, y lo efectúa por ahí a mediados del XVII, no lo procesa tampoco ninguna Inquisición, ni tiene que confesar, de rodillas, su tremendo pecado de seguir las doctrinas de Copérnico al afirmar que es la Tierra la que da vueltas, mientras el Sol se queda quietecito.

Dentro de una variante que no es inoportuna, cabría preguntar: ¿Qué le hubiera ocurrido a Don Miguel de Cervantes —cuya aporreada vida tanto lamentamos— si ve la luz en Norteamérica y en nuestros días?... Editado a todo lujo. ¡Millones y millones de ejemplares! Su efigie a todo color en la portada del "Life" y una abundante información sobre su vivir fastuoso en páginas interiores con diversas ilustraciones. Alguna acaso con la siguiente lectura: "Ultima foto del célebre novelista, tomada a bordo de su yate "Dulcineth", al ancla en Honolulu".

No hay sermón sin San Agustín. Imposible también finalizar esta crónica sin recordar a Napoleón. ¿Cuál habría sido el destino del corso si nace a comienzos de esta centuria en Sudamérica? ¿En Santo Domingo, por ejemplo?... Yo creo que llega —sin duda y sin 18 Brumario— a ser Generalísimo del Ejército, Benefactor de la Patria, Jefe Supremo, Director del Partido Dominicano y Presidente de la República. Pero... al final, lo balean.



Napoleón